

El linaje de don Quijote

Gutierre de Quijada, caballero andante de la corte castellana

ANTONIO JOSÉ GARCÍA SÁNCHEZ

ARCHIVO GENERAL DE ANDALUCÍA

En 1994 ingresó en el Archivo General de Andalucía el fondo documental de la familia Quijada. Varios de los documentos que lo conforman recogen episodios relativos a la vida de Gutierre de Quijada, un caballero del siglo XV —mitad militar, mitad cortesano— citado por Cervantes como ascendiente “por línea recta de varón” de don Quijote. Y es que la vida de don Gutierre resulta paradigmática a la hora de perfilar la imagen del ideario caballeresco medieval.

Don Quijote de la Mancha, en el encendido debate que sostiene sobre la esencia de la caballería andante con el canónigo de Toledo, formula un disparatado alegato a favor de la existencia de los caballeros andantes, combinando personajes literarios con personajes históricos, ficción con realidad: “Si no, díganme también que no es verdad que fue caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fue a Borgoña y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charni, llamado mosén Pierres, y después, en la ciudad de Basilea, con mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrenabas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pero Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón), venciendo a los hijos del Conde de San Polo...”.

Entre las figuras que el ingenioso hidalgo enumera como ejemplos de caballeros, cita y se declara descendiente “por línea recta de varón” de don Gutierre de Quijada, personaje prototípico de la nobleza media castellana del siglo XV, que gozó de cierta fama por sus andanzas caballerescas.

Gutierre de Quijada, señor de Villagarcía de Campos, —mitad militar, mitad cortesano— procedía de un linaje noble castellano cuyo rastro se puede seguir hasta los tiempos de Alfonso VI en el siglo XI. En las luchas intestinas que vivió el reino de Castilla a lo largo del siglo XV, los

miembros de la familia Quijada se posicionaron casi siempre en el bando nobiliario que abogaba por una Monarquía fuerte, a cambio, eso sí, de la recepción de lucrativas mercedes reales. Gracias a estas concesiones reales, los Quijada fueron aumentando su patrimonio y constituyendo un señorío de cierta envergadura en la comarca de Tierra de Campos de Valladolid, cuyo núcleo se situaba en Villagarcía de Campos, solar que daba apellido al señorío. Entre las villas y aldeas que se incluían en sus posesiones cabe señalar las poblaciones de Villagarcía de Campos, Villanueva de los Caballeros, Santa Eufemia del Arroyo y Barcial de la Loma.

A pesar de lo desatinado del discurso de don Quijote, la mención de Gutierre de Quijada como modelo de caballero andante es bastante acertada, ya que la conjugación de su vida y hechos puede ser considerada como modelo paradigmático a la hora de perfilar la imagen del ideario caballeresco medieval.

La caballería y la vida caballeresca han sido definidas por Maurice Keen como un *ethos* en el que elementos guerreros, aristocráticos y religiosos se funden dando lugar a un sistema ideológico que caracterizó a buena parte de la sociedad europea bajomedieval.

En esta fusión de elementos el aspecto militar estaba caracterizado por la importancia de la habilidad en la lucha a caballo; el aspecto aristocrático se vinculaba al linaje y a las virtudes morales asociadas al ejercicio de la caballería; el aspecto religioso se perfilaba con la asunción de las

virtudes teologales y la realización de prácticas cristianas. Todos estos aspectos se aunaron en la mentalidad nobiliaria e invadieron la vida cortesana de los reinos europeos de la Baja Edad Media, siendo Gutierre de Quijada un claro exponente de caballero imbuido por el ideario caballeresco. En su vida, sobre todo en su juventud, encontraremos estos aspectos militares, aristocráticos y religiosos que subyacen en el pensamiento caballeresco.

BATALLAS, JUSTAS Y TORNEOS. La primera noticia que tenemos sobre la vida pública de Gutierre de Quijada la aporta la *Crónica del Rey Juan II*, relato en el que se recoge su participación en la batalla que tuvo lugar a las puertas de Granada en julio de 1431. Este episodio se enmarca en el contexto de las frecuentes incursiones en el territorio musulmán que los reyes castellanos hicieron a lo largo del siglo XV, destinadas a conseguir el debilitamiento del reino nazarí. Estando asentado el real de Juan II en las proximidades de las murallas granadinas, un destacamento cristiano, ocupado en la destrucción de las conducciones de agua de la ciudad, fue atacado por un importante contingente de tropas musulmanas. La escaramuza devino en batalla cuando los nazaríes enviaron contra los cristianos a gran parte de su ejército, hasta ese momento resguardado tras las puertas de la ciudad.

En ayuda de los castellanos, el rey Juan II envió a la vanguardia comandada por el condestable don Álvaro de Luna, entre los caballeros que componía la hueste estaba

Gutierre de Quijada. La batalla se decantó del lado castellano y, según narra la *Crónica*, de no haber llegado la noche se hubiera tomado la ciudad de Granada. Finalmente, tras esta victoria y ante la falta de medios con que continuar el asedio, Juan II mandó levantar el cerco con la pretensión de volver más adelante con los bastimentos necesarios para la ciudad. Este sería el primero de los numerosos servicios de armas que Gutierre de Quijada prestaría al monarca castellano. En esta actuación del señor de Villagarcía de Campos se aunaban elementos caballerescos de carácter militar, el caballero debía de poner sus armas a disposición de su rey y señor, y de carácter religioso, por cuanto la lucha contra los granadinos tenía un fuerte componente ideológico de enfrentamiento contra el infiel y defensa del cristianismo.

Otro campo vinculado con el ambiente caballeresco en que vemos ejercitarse y señalarse a Gutierre de Quijada es en el de las justas y torneos. Existían diferencias entre estos dos tipos de prácticas: las justas eran enfrentamientos individuales entre dos contrincantes, mientras que en los torneos se enfrentaban dos grupos o bandos de caballeros simulando el choque de dos ejércitos en una batalla. Estos ejercicios caballerescos constituían para los caballeros una forma de mantenerse en forma en tiempos de paz, una suerte de deportes bélicos, en los que realizaban simulacros de combates singulares y de batallas. La participación en justas y torneos era, además, una forma de propagar la fama y honor del caballero y, por extensión,



Don Quijote y Sancho Panza, en una de las famosas ilustraciones de Gustav Doré.

la de su rey. El aumento de la reputación llevaba a los caballeros a viajar a cortes extranjeras y a medirse en combate con los paladines de otros reinos, cobrando gloria para su nombre y para el de su señor.

En el discurso de don Quijote se recoge una de las actuaciones de Gutierre de Quijada en este tipo de ejercicios caballerescos; la veracidad del episodio queda contrastada en la *Crónica de Juan II*. En 1435, acompañado de su primo Pedro Barba, abandonaba Castilla camino de la corte del duque de Borgoña, Felipe el Bueno, donde retó a los hijos bastardos del conde de Saint-Pol. En la justa a Gutierre le correspondió medirse a Monsieur Pierre, señor de Haubourdin. Primero se cruzaron lanzas, suerte en la que el de Quijada era especialista, y después lucharon con hachas. Según la *Crónica*, la destreza con la lanza del castellano era tan proverbial, que en la corte borgoñona

se temía por la vida de su adversario, hasta el punto de que la condesa de Nevers rogó a Gutierre de Quijada que se omitiese este lance de la justa a cambio de un diamante “de precio de quinientas coronas”. El caballero castellano no cedió al soborno y, finalmente, la victoria se decantó de su lado, siendo obsequiado por el duque de Borgoña con un traje chapado con más de cuarenta marcos de orfebrería y forrado de marta cibelina.

En Castilla, Gutierre de Quijada participó en uno de los torneos más conocidos de entre los que se celebraron en su tiempo, el Paso Honroso del Puente de Hospital de Órbigo. Este torneo fue convocado con autorización real en 1434, año jacobino, por el caballero Suero de Quiñones. A este tipo de eventos caballerescos se les solía revestir de un trasfondo épico que servía de justificación y guió del acto y señalaba el reto al que debían de someterse

En la vida de Gutierre de Quijada, sobre todo durante sus años de juventud, encontramos aquellos aspectos militares, aristocráticos y religiosos que subyacen en el pensamiento caballeresco medieval

los participantes. Para librarse de una argolla que llevaba al cuello en prueba de amor a su dama, doña Leonor de Tovar, y poder emprender la peregrinación a Santiago, Suero de Quiñones retaba a todos los caballeros que quisieran pasar el puente de la villa de Hospital de Órbigo (León), en el camino compostelano. Suero de Quiñones y sus compañeros debían de combatir con todos los caballeros que se presentaran en el puente entre el 10 de julio y el 9 de agosto. Al reto acudieron caballeros de toda la península, entre ellos Gutierre de Quijada, quien llegó al puente del Paso Honroso el 20 de julio, donde se enfrentó con el caballe-

ro Diego de Bazán. En esta participación Gutierre de Quijada no sólo tenía motivaciones *deportivas*, sino que el enfrentamiento le ofrecía un pretexto perfecto para verse las caras con un miembro del linaje Quiñones, familia con la que los Quijada mantenían una vieja disputa que giraba en torno a la posesión de Barcial de Loma. Tan fuerte era la rivalidad entre los Quijada y los Quiñones que, años más tarde, en 1458, Suero de Quiñones morirá a manos del propio Gutierre de Quijada en un lugar entre Barcial de Loma y Castroverde.

PEREGRINO EN JERUSALÉN. El componente religioso constituye otro de los pilares sobre los que se sostiene el ideario de la mentalidad caballeresca cristiana. Esta carga religiosa se materializa en la realización de prácticas piadosas de diversa índole por parte de los miembros de la orden de caballería. Las peregrinaciones y romerías a los lugares santos del cristianismo

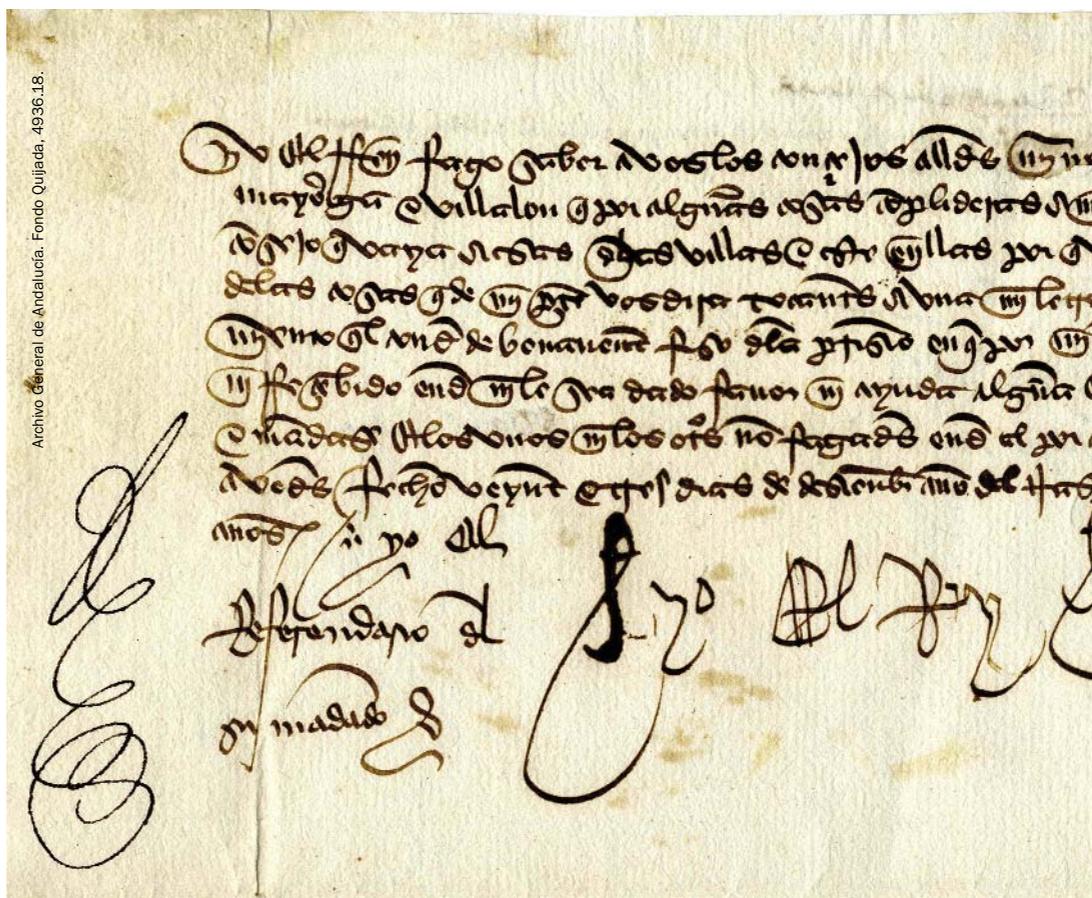
van a ser una de las manifestaciones más características de los usos religiosos de los caballeros. A estas alturas, ya no extraña ver a Gutierre de Quijada emprender en 1435 un viaje de peregrinación a uno de los lugares más sagrados para los cristianos, la ciudad de Jerusalén. Acompañado de Pedro Barba, abandonó Castilla camino de los Santos Lugares con una doble motivación: de un lado, la búsqueda de hechos en los que señalarse y acrecentar su fama; y, de otro, la realización de un acto piadoso vinculado con el concepto de Cruzada. Lamentablemente, no nos han llegado muchas noticias de los avatares que acontecieron a nuestro caballero en su peregrinación, pero se puede intuir lo singular, emocionante y arriesgado que debía ser emprender una travesía de este tipo en pleno siglo XV.

Ya de vuelta en Castilla, en la década de los años 40, la actividad de Gutierre de Quijada se centró en el servicio a Juan II de Castilla en un contexto político extrema-

damente turbulento, caracterizado por el enfrentamiento del monarca y su valido don Álvaro de Luna, de un lado; con los infantes de Aragón y sus aliados castellanos, de otro. Las armas del señor de Villagarcía de Campos siempre estuvieron del lado del monarca castellano, viéndose sus servicios recompensados con la gracia regia en forma de ascenso social e incremento de los bienes de su linaje.

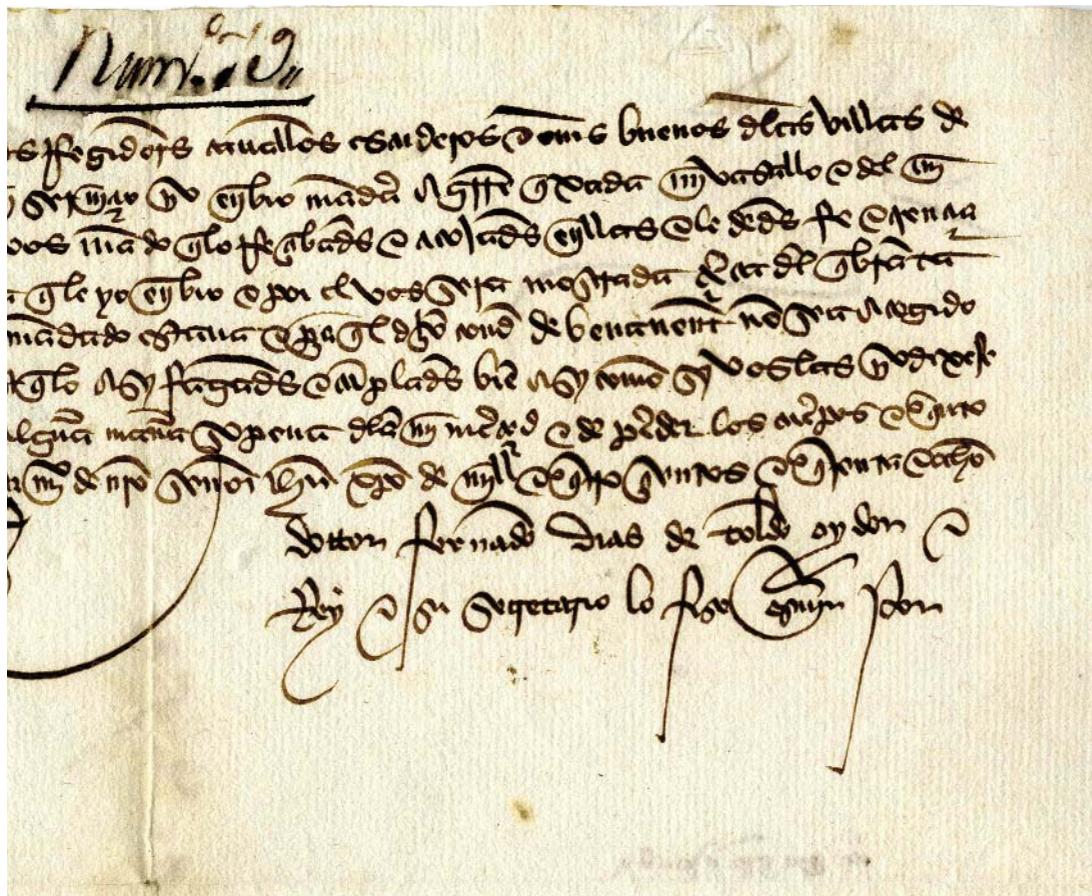
En el plano social, los documentos conservados en el Archivo General de Andalucía lo sitúan en el entorno cortesano más próximo al monarca, ocupando cargos políticos y militares de primer nivel. En numerosas ocasiones, Juan II se refiere a Gutierre de Quijada como miembro de su consejo, situándolo en el círculo de personajes que participaban en la toma de decisiones del rey.

La dualidad cortesana-militar que caracteriza a muchos caballeros bajomedievales se percibe una vez más en el ascenso social de Gutierre, reflejado en la posición que alcanzó en la estructura de la corte real. Si en el plano cortesano, su posición como consejero real lo sitúa en la institución superior del gobierno y la administración del reino, en el plano militar, su estatus social lo eleva hasta el car-



Albalá firmado por el rey Juan II, firme valedor del caballero Gutierre de Quijada.

Emprendió un viaje de peregrinación a Jerusalén con una doble motivación: la búsqueda de hechos en los que acrecentar su fama y la realización de un acto piadoso vinculado al concepto de Cruzada



ses. En el Fondo Quijada se conserva un certificado del dinero que el tesoro real reconoce deber a Gutierre de Quijada por lo gastado por este caballero en el sitio de Simancas.

Con todo, Gutierre de Quijada se nos presenta como un hombre de su tiempo y de la sociedad en la que vivió. Un personaje en el se conjugan los elementos definitorios del estamento social al que pertenecía y en el que encontramos un universo mental, el del mundo caballeresco, compartido con gran parte de la nobleza cortesana europea del momento. Un universo complejo, que ha llegado distorsionado a nuestros días por el

go de alférez mayor, puesto que desempeña en la batalla de Olmedo de 1445. El 19 de mayo de 1445, en las afueras de la villa de Olmedo se enfrentó el ejército de Juan II de Castilla con el de los infantes de Aragón, en coalición con las tropas de nobles castellanos contrarios al rey. En Olmedo la victoria se decantó del lado de las tropas de Juan II de Castilla; el triunfo del bando real se vio reflejado en un incremento significativo del señorío de los Quijada. En 1445, en los meses que sucedieron a la batalla de Olmedo, Gutierre de Quijada será objeto de numerosas mercedes y confirmaciones reales que supusieron la inclusión de nuevas villas bajo su señorío. En el Archivo General de Andalucía se conservan algunos testimonios documentales de estas gracias. Quijada toma la posesión de Villabaruz de Campos en junio de 1445. En octubre Juan II le confirma la posesión de los lugares de Otero del Rey y de Castro del Rey, ambos en la provincia de Lugo. En noviembre le concede la posesión de Barcial de Loma, villa que había sido confiscada a Fernando de Quiñones, partidario de los derrotados infantes de Aragón.

Gracias a los documentos conservados en el Archivo General de Andalucía cono-

ce otros servicios prestados por Gutierre de Quijada al monarca castellano. En 1448, es enviado por el rey Juan II de Castilla a las villas del señorío del condado de Benavente para apresarse a don Alonso Pimentel, conde de Benavente, que había huido de la prisión en que estaba. Por un albalá fechado en septiembre de 1448, el monarca castellano manda a Gutierre que se reúna con Pedro Barba y con el conde de Santa Marta y, juntos, vayan a los territorios del condado de Benavente y apresen al conde rebelde.

Muerto el rey Juan II, el señor de Villagarcía de Campos se mantendrá en el bando del nuevo monarca, Enrique IV. En 1465 lo vemos adscrito al bando enriqueño participando en el cerco de Simancas, episodio bélico enmarcado en la lucha entre Enrique IV y su hermano el príncipe-rey don Alfonso. Este enfrentamiento derivó en una guerra civil que se inició en 1465, en medio de una situación de fuerte crisis económica. Precisamente, la falta de medios económicos motivará que se firme una tregua en Simancas y que la guerra se prolongue por un período de tres años, al no disponer ninguno de los dos contrincantes del dinero que permita decantar la disputa del lado de sus intere-

peso que en su percepción han tenido la literatura caballeresca y, más recientemente, el cine pseudohistórico. Un mundo que ya agonizaba a fines del siglo XV y que daría paso al hombre del Renacimiento. Valgan como epitafio a este ideal de la caballería medieval los versos de las coplas de Jorge Manrique en sus *Coplas a la muerte de su padre*:

*¿Fueron sino devanes,
qué fueron sino verduras
de las eras,
las iustas e los torneos,
paramentos, borduras
e çimeras?*

Más información

- **Fondo Quijada del Archivo General de Andalucía**
- **Keen, Maurice**
La caballería: la vida caballeresca en la Edad Media. Ariel. Madrid, 1986.
- **García de Santa María**
Crónica de Juan II. Real Academia de la Historia. Madrid, 1982.